

“ ... Como profesionales que nos dedicamos a proporcionar bienestar a las personas a través de la música y de los recursos artísticos, las imágenes del pueblo ucraniano nos generan un especial dolor, una significativa desazón. ”

CONVIDADOS

Parece que fue ayer cuando el equipo de musicoterapeutas que realizaba sesiones en la UCI de adultos del Hospital Universitario de La Paz de Madrid dejó de tener acceso a esta unidad. Era el 4 de febrero de 2020. La pandemia en España era aun un mero contenido televisivo que afectaba en el lejano Oriente. En los telenoticias y en las redes sociales se podía advertir esa tranquilidad de quien se sabe a salvo de los acontecimientos. El resto de la historia ya la conocen, incluso puede que hayan experimentado en primera persona las vicisitudes del *bichito* o haber atravesado el trance de tener que llorar inesperadas despedidas.

Sea como fuere, el COVID-19, el SARCOV2 técnicamente hablando, nos convidó a un evento sin precedentes a escala mundial. La invitación nos llegó sin previo aviso y sin haberla esperado. Su llegada confirmó el ingente catálogo de películas y libros que han ido aderezando el inconsciente colectivo con futuros distópicos y transhumanistas. Irrumpió tan de sorpresa que nuestras despensas vivieron por unos instantes las carencias que los ciudadanos de latitudes distantes a este primer mundo experimentan habitualmente. Ha sido la primera vez que, de forma global, comprobamos la fragilidad y caducidad estructural de la comodidad occidental que vivimos.

A tenor de los datos recientes de su incidencia, parece que estamos en las postrimerías de esta pandemia, al menos ante su expresión más liviana. Por este motivo decidimos dedicar este tercer número de la revista MiSostenido para reflejar las consecuencias dejadas también en el cuerpo de las terapias artísticas. El ritmo de la vida social empieza a remontar, lo hacen las empresas, lo hace la vida en los parques. Esto se traduce también en la recuperación de los espacios de terapia y en la reactivación de los proyectos de intervención en hospitales, escuelas y residencias que quedaron suspendidos sine die. Por fin los pacientes y usuarios pueden volver a recibir sus habituales acompañamientos terapéuticos.



Este era nuestro enfoque argumental, hasta principios de marzo, cuando empezábamos a diseñar este ejemplar. Con él queríamos manifestar la rotura dejada por la COVID-19 en la línea de flotación de las terapias artísticas. Tras dos años con los centros de terapia cerrados o a medio funcionar, con centenares de protocolos de atención directa suspendidos, casos clínicos abandonados que se han visto privados de los beneficios terapéuticos de las artes infligiendo un serio retroceso en sus procesos de acompañamiento. Queríamos poner de relieve este destrozo doble. El de los pacientes y el de los terapeutas. Unos sin atenciones, los otros sin infraestructura laboral para mantenerse. Tras estos dos años, muchos de estos últimos han abandonado la profesión. Han guardado sus instrumentos y han buscado nuevos espacios de trabajo readaptando sus perfiles y

competencias. En el dividendo, el que más pierde siempre es la parte más débil, es decir, el paciente.

Sobrellevados por lo apremiante de la situación construimos una narración en la que no sin inconsciencia, usábamos una terminología tomada de la guerra. En nuestros comentarios empleábamos palabras como aniquilación, debacle, hecatombe, con una resonancia y consonancia muy catastrofista. Esta percepción aflora cuando llegan los ecos de la guerra en Ucrania, las imágenes de millones de refugiados y deportados, la destrucción masiva perpetrada contra una población que sólo quería vivir. Lo que antes era un país estructurado hoy es un conjunto de desechos y muerte por la sinrazón del poder militar, que no entiende de lo más básico de la existencia. Si la pandemia nos resultaba insoportable, estos hechos nos dejan sin palabras.

Esta guerra nos retrotrae a capítulos de la reciente historia del siglo XX que pensábamos superados, que considerábamos ya aprendidos. Tristemente aquello se repite, aunque ahora bajo la pulcra espectacularidad infocrática de las pantallas en 4K. Este suceder de imágenes y datos nos afecta porque anuncia la llegada de un posible conflicto global e inocula el miedo a perder en quienes disfrutamos de todo. Esta generalizada reacción nos confronta con la respuesta que como sociedad hemos dado a esos otros conflictos, no menos crueles, y que hemos ignorado porque nos resultaban menores e intrascendentes para nuestra consabida estabilidad. Como profesionales que nos dedicamos al bienestar a las personas a través de la música y de los recursos artísticos, la situación que atraviesa el pueblo ucraniano nos genera un especial dolor, una significativa desazón. Empatizamos

con su tragedia porque es cercana, porque compartimos cultura y continente, porque en nuestros vecindarios conocemos a personas de estos lugares. Contemplamos con absoluto estupor el quebranto asistencial que la guerra infringe a millones de personas. Pacientes que han visto cercenados sus tratamientos médicos, psiquiátricos y psicológicos, usuarios que recibían asistencia terapéutica y socioeducativa de diversa índole y que han visto frenadas sus posibilidades de curación y restablecimiento. Pensamos en quienes dependen de medicación vital, en quienes precisan quimioterapia o en los que esperaban una operación urgente. Pensamos en los embarazos de riesgo, en las pruebas diagnósticas, en los cuidados paliativos. Pensamos en los niños con necesidades educativas especiales, en los que tienen trastornos adaptativos. Pensamos en infinidad de situaciones personales que han quedado literalmente aplastadas por el silbido hiriente de los misiles. Como profesionales del acompañamiento terapéutico no podemos por menos de quedar conmovidos ante tan imparable e inadmisibile ignominia.

Desde este espacio dedicado al pensamiento y a la palabra, a la investigación y al trabajo académico, queremos sumarnos a las millones de voces en el mundo que dicen NO A LA GUERRA, mostrando un sí rotundo y uniforme por la paz como el que siempre enarbola la música.

Siempre vivimos tiempos de cambio pero nunca terminamos de aprender que ese es el camino natural de la vida. Ahora son especialmente inciertos, porque colapsa de continuo ese presente que creíamos tener controlado. Son buenos momentos para descubrir que la solución al devenir de un tiempo mejor ha de ser comunitaria y colectiva. Esos acontecimientos que presenciamos son un reflejo de lo que somos en lo individual y en lo colectivo. La orquesta se manifiesta si está orquestada, si hay suma de esfuerzos, de atención a lo de todos y de actitudes sumatorias. En realidad estamos en el momento preciso de ejercitar nuestras habilidades compasivas y comunicativas para ser agentes positivos de cambio. Hay mucho que amar, comprender, abrazar y rectificar. Estos son sin duda los mejores antídotos, la mejor de las vacunas para humanizar el bosque social que habitamos todas y todos.

Desde aquel mes de febrero al que antes aludíamos, en el que los profesionales de las terapias artísticas, habituales en un buen número de residencias de ancianos y centros de educación especial u hospitales, cesaron la actividad asistencial, se han dejado de atender a infinidad de personas con carencias socioemocionales esenciales. A ellos solamente se les han dado cuidados hospitalarios y ambulatorios de carácter prioritario, dejando en un segundo plano la cobertura de esas otras necesidades que los terapeutas artísticos siempre saben atender. Nos queda el consuelo de que, al menos, esas personas tenían un tratamiento, un espacio de atenciones gracias al esfuerzo denodado de miles de profesionales de la salud que lo han dado todo y más para evitar males mayores.

Ante la afrenta mundial creada por Rusia nos urge colaborar en todo humano y lo material que esté a nuestro alcance, pues eso es lo urgente e inmediato. Pero, además, podemos extrapolar las causas y consecuencias del conflicto a nuestro entorno cotidiano. Mirando al esperado día después, pensamos en que todas las situaciones de crisis son oportunidades de aprendizaje que se pueden remontar incorporando nuevas destrezas que subsanen los hechos que las hicieron emerger. En lo cercano que a los terapeutas artísticos nos atañe, el panorama postcovid ha hecho más palpable, si cabe, la necesidad de trabajar de forma conjunta para lograr un reconocimiento oficial que nos otorgue visibilidad terapéutica y profesional. Con ella se podrá garantizar un mejor servicio asistencial, se protegerán los puestos de trabajo ahora perdidos y se podrá permanecer al frente en las futuras contingencias. Esto redundará notablemente en el beneficio de muchos pacientes y usuarios.

Es un buen momento para ejercer como agentes de concordia en los pequeños gestos cotidianos. es hora de extender la armonía que producen nuestros instrumentos a nivel de a calle. Es tiempo de disolver las polaridades, las fronteras erigidas por los sistemas de creencias ante el diferente. Seamos el ejemplo de paz que queremos ver en el mundo.

En este tercer número os dejamos nuevos ejemplos de ese buen hacer, de ese impulso por aminsonar la complejidad vital de las personas, de esa habilidad profesional para aportar un cambio que mejore el mundo. Seguiremos apostando por transmitir el compromiso personal de quienes apuestan por entregar su talento y humanidad para hacer que las personas tengan experiencias de vida más confortables.

David Gamella González

NO
WAR

